

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Una carta al tierno cantor Antonio Trueba, por D. Sebastian de Mobellan.* = *La casa de Rocaforte. Novela original por Doña Felicitas Asin de Carri- llo.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

TEATRO PRINCIPAL.

Dos palabras sobre lo que algunos han dado en llamar nuestra oposicion.—Revista de funciones.

La tontería es una planta indígena en todos los países, y en todos ellos es abundante. No es mucho, por tanto, que haya quien suponga que respecto á este teatro pertenecemos hoy á un soñado partido de oposicion. Oposicion!.... Por qué y contra quién?

Será acaso contra la empresa?

Como particulares no tenemos de ella la mas mínima queja: como parte del público habremos de convenir en que hasta aquí ha cumplido sus compromisos, ha dado funciones nuevas, prepara otras; y en una época mala siempre para el teatro Principal ha alcanzado y alcanza entradas abundantísimas. Si pues los concurrentes, que son los verdaderos interesados, se dan por contentos, ¿quién tiene legítimo derecho para pedirle otra cosa? Hemos dicho nosotros nunca lo contrario? ¿Y si algo de lo puesto en escena nos ha parecido digno de censura, hemos pretendido por eso que con perjuicio de sus intereses sobreponga nuestra opinion á la de los mas? En cuestiones de pura especulacion vale mas lo que mas da. En cuestiones de buen gusto, de crítica, de decoro escénico, de razon literaria en fin, ya es cosa muy diferente. Ella, así considerada la cuestion, hace bien en dar espectáculos que le produzcan. Nosotros hacemos bien en criticarlos

MAYO.

cuando creemos que lo merecen. No hay por tanto aquí oposicion.

¿Si no es á la empresa, será á los artistas? ¿Pero qué nos importan? ¿Qué interés podríamos tener en rebajar lo mucho, poco ó nada que valgan? ¿Pretendemos acaso que nos ajusten á nosotros? ¿Tenemos por ventura aspiraciones de ser algun dia tiples ó tenores de zarzuela? ¿Pues á qué vienen entonces esas ridículas palabrotas, esas frases de munición en las que se habla de la negra envidia que se ceba en el mérito de todos los artistas que se distinguen, con otras cosazas muy para reidas, que hay quien propale y hasta hay quien publique?

Todo eso está muy por bajo de nosotros, que no acostumbramos entrar ni salir en los vestuarios, ni visitar en sus cuartos á las artistas, ni agavillarnos para ningun *claque*, ni aplaudir á la señorita doña Fulana, solo porque es la señorita doña Fulana, sino aplaudirla cuando canta ó representa bien, y tolerar sus faltas cuando las tiene.

Pero no es eso lo que se quiere. Lo que se quiere es que todos sigamos en reata la opinion de los que mas chillan, de los que sacuden mas fuerte el espaldar de las lunetas. Se quiere que todos se guarden en el bolsillo su opinion y su juicio, y que hagan unánime coro de alabanzas, haya ó no por qué. Quien tiene bastante dignidad para pensar por sí, quien celebra todo aquello que su conciencia le dicta celebrar, pero que no lo celebra todo sin escepcion alguna, ese es de la oposicion. ¡Admirable lógica!

Nada nos importa. Nosotros sabemos cuando llega el caso arrostrar esa *digna impopularidad*, como la llama Cantú. Nosotros aplaudimos y encomiamos con toda la efusion de nuestra alma lo que nuestra conciencia nos dicta que es bueno. Aplaudimos por conviccion, y no por parcialidad, á una artista, verbigracia, que en cierto género no conoce hasta ahora ri-

vales. Llamarémosla simpática, distinguida, todo lo que se quiera; pero no nos hemos echado á buscar por ese diccionario de la lengua términos enfáticos y altisonantes de encomio, ni hemos soltado la caja de truenos para elevar su nombre sobre los cuernos de la luna publicando que no hay mas allá! A tanto no nos hemos atrevido.

Pero dejemos esto por hoy, y digamos algo de las novedades teatrales de la semana.

Hase puesto en escena *La hija de la Providencia*. De su argumento se ha ocupado ya algun periódico, y por otra parte ya se sabe que en óperas y en zarzuelas esto del argumento no es á veces otra cosa que un medio indispensable de escribir una música. Sin embargo, el de esta obra influye en su parte lírica haciendo bastante lánguido el primer acto, algo menos el segundo, y guardando para el tercero las verdaderas situaciones dramáticas. La música del Sr. Arrieta es casi siempre buena; agrada, como es consiguiente, y agradaría mas si en todas sus obras no se copiase tanto como lo hace. La de esta producción llegaría á gustar mucho mas de lo que hasta aquí en general ha gustado si no fuera porque, segun llevamos dicho, la languidez, la poca vida que en sus primeros actos allí domina incita poco á volverla á ver tanto cuanto fuera necesario para saborearla. Mucho mas animado, aunque mucho mas corto, el último ofrece un terceto de movimiento y de pasión, donde la señorita Ramirez y los Sres. Hordan y Crescy fueron muy aplaudidos, en nuestro entender con justicia.

Los honores de la egecucion fueron principalmente para la jóven artista. Comprendió su papel, y lo egecutó con sumo acierto como actriz y como cantante. Apasionada, pudorosa y digna, representó á la abandonada espórita María sin desmentir nunca aquel carácter que quiso imprimirle el autor, y como sus transportes del terceto son una consecuencia de él, logró darle su colorido propio, arrancando numerosos aplausos. En *La Hija de la Providencia* debe estar muy satisfecha de sí.

La señorita Ramirez tiene una larga serie de caracteres en que brillará siempre. Desde la infantil y traviesa colegiala hasta la jóven llena de pasión y de melancolía que lucha entre las preocupaciones de la sociedad y los sentimientos de su alma, la escala de sus triunfos es harto estensa para contentarse con ellos, sin ir á buscar otros donde no puede ó donde no debe. Sus medios son muchos; pero no indefinidos, y si en ciertos géneros no ha encontrado hasta ahora rivales, en otros ha de hallar quien con ventaja la dispute sus laure-

les, á poco que impremeditadamente se arroje á empresas harto arduas.

Creemos que se nos habrá comprendido.

El martes era el dia destinado para uno de los beneficios de esta artista, y aunque el tal dia suele pasar por aciago, no lo fué ciertamente para la beneficiada. Arrojárónse á sus piés innumerables flores y palomas, y presentósele una linda corona de oro sobre una bandeja de plata, la cual descansaba en un tapete de grana con franja y borlas tambien de oro. Este era un delicado obsequio hecho por algunos de sus admiradores, y que nosotros aplaudimos como una muestra de aprecio hácia sus talentos y hácia sus anteriores tareas, que hemos sido los primeros en encomiar.

Habríamos querido, sin embargo, que á los ramos de flores no se hubiesen dado tan colosales proporciones, porque arrojados de toda la altura de los palcos, estuvieron á pique algunos de ellos de lastimar seriamente al objeto á quien iban dirigidos. Esto quiere decir que la amistad es á veces imprudente en sus exageraciones. Las flores arrojadas con poco tacto pueden dañar, como el incienso esceseivo en vez de perfumar ahoga.

Concluido que fué este expansivo acto salió á barrer el escenario un muchacho con los calzones remendados de otra tela y color, siendo el resto del equipo digno de los calzones. La cosa era tan prosáica y venia tan mal despues de tantas fragantes flores, de tantas poéticas palomas, de tanta plata y oro, que no pudo menos de llamar la atención del público, produciendo en él una impresion, en unos de desagrado y en otros de risa.

El lance no es nuevo. Pocas noches antes, y con motivo de haber de colocar en el escenario una alfombra, salió otro muchacho sin mas modificación que la de ir en mangas de camisa. Hubo motivo para ello, porque el infeliz sudaba á caños para ver de tender por igual la rebelde alfombra, la cual, estendida que era de un lado, se sublevaba por el opuesto, y al fin, despues de mucho halar de aquí y de allí, se retiró colorado como un pavo y sin haber logrado gran cosa.

¿Qué dirían de tan grotesco espectáculo los extranjeros que nunca faltan allí y que están acostumbrados al decoro de todos sus teatros? ¿Qué idea se formarán del primer coliseo de Cádiz? ¿Cómo ha pasado esto desapercibido ó quizá ignorado por una empresa, que antes de ahora vistió á todos los empleados del teatro de un modo que armonizase con su importancia, y con lo que en todos se viene egecutando ya hace tantos años?

¿Si será esta advertencia producto de nues-

tra oposicion? ¿Si no se podrá tampoco hablar de esto para que se enmiende?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Del Diario Mercantil de Valencia tomamos la siguiente carta dirigida á un amigo de la corte por nuestro distinguido colaborador el Sr. D. Sebastian de Mobellan, cuyas preciosas Revistas de Madrid son acogidas con avidez por los lectores de LA MODA. La pintura que en ella hace de la elegante, de la culta sociedad valenciana, su descripcion de la brillantísima fiesta dada por los Sres. condes de Parcent, y el talento con que ha sabido apoderarse de todas las circunstancias de aquel suntuoso y poético baile, no solo hacen su escrito interesantísimo, sino que tambien estimulan nuestro deseo para esperar con ansiedad las nuevas descripciones que nos promete en él, así del baile dado por el Sr. baron de Cortes, como de las fiestas reales que á aquella fecha se preparaban.

Todo esto no dudamos será objeto de cartas sucesivas, las cuales insertaremos inmediatamente en nuestras columnas.

UNA CARTA

AL TIERNO CANTOR ANTONIO TRUEBA.

VALENCIA.

Espiritualismo.—Amor.—Ella.—Bailes en casa de los señores conde de Parcent y baron de Cortes.—Próximas fiestas reales.—El barítono Obregon.

Ah! mi querido hermano! ¡cómo espresarte mi estraña conmocion ante este sublime vergel de amores, si no hay voz capaz de describirla, ni pluma con poder para narrarla!

¿Cómo crear un lenguaje especial, una espresion bastante profunda para arrebatarte de esos estériles contornos cortesanos y trasportarte aquí, aquí donde la felicidad es una dicha que se palpa, la dicha una verdad que se adquiere, la verdad una esperanza que se realiza?

Sí, esta es la vida: pero la vida dulce, tierna, vaga, misteriosa: la vida idealizada por la calma: sublimada por la contemplacion: per-

fumada por el espiritualismo: la vida de flores y murmullos: de ecos y perfumes: nubes y estrellas: de amores y esperanzas: vida, en fin, de las quimeras soñadas: de la vaguedad de los recuerdos: de la inspiracion de los ángeles.

Aquí hay un cielo puro, suave, misterioso: un cielo si empañado por gasas y vapores, trasparente á los ojos, como el rostro de una vírgen bajo el casto cendal de su pureza: si terso con su magnífico pabellon de estrellas, vago y melancólico, como si en él se reflejasen las miradas de los ángeles: como si fuese el destinado para que Dios se recrease en su obra.

¡Qué hermosura en el cielo! ¡qué belleza en la tierra! ¡qué armonía en el espacio!

Este es el amor, Antonio; este es el amor. Amor en las fuentes, en las aves, en los bosques, en todo lo increado, en todo lo sublime: amor tranquilo como sus brisas: encantado como sus fuentes: recóndito como sus aromas.

No hay dicha, no, que iguale á la que inspira esta eterna vaguedad de los encantos: esta pureza de los sentimientos: esta melancolía del corazon.

Flores y mujeres! amores y perfumes! he aquí las glorias para el alma: las dichas para el espíritu. Sí, sí: cuando es pura la atmósfera que se respira: cuando al tender los ojos en torno, el alma, cansada de emociones corre á embriagarse en la tranquila corriente de los misterios: cuando en esas noches de eterna bienandanza se entrevé á través de gasas y perfumes un lugar donde dormir el sueño de los amores, entonces, sí, entonces es cuando la existencia, cobijada bajo el manto del espiritualismo, dice: la inmensidad es mía; y de ella se apodera inspirada por un sentimiento, que á medida que se ensancha, toma los tintes de una religion: que no otra cosa puede ser, sentimiento inspirado por la grandeza de Dios.

Oh! ¡y cuán dulces se deslizan las horas á través de estos encantados lugares!

Aquí es donde se vive: aquí donde se goza: aquí donde se respira. ¿Qué vírgenes habitarán estas estrellas, que napeas estos bosques, qué náyades estas fuentes, qué huries estos prados, cuando en todo hay esa profunda verdad, esa arrebatada poesía nacida para admirada, creada para querida, que siente el corazon al aspirar los misterios de su grandeza?

Ah! lo ignoro: pero no, que ningun amor tiene formas tan graciosas, contornos tan voluptuosos, recuerdos tan peregrinos, como este amor nacido al abrigo de los vendabales, al eco de las olas, al encanto de los perfumes, y que en silencio se idolatra en la embriagadora imagen de una mujer.

Antonio! Antonio! ah! tú que en las castas horas de tus inspiraciones has podido entrever las formas de los ángeles, dime si esta mujer, á quien mi corazon adora, es uno de esos, venido á endulzar la vida con la celeste inspiracion de su ser, con la profunda verdad de su virtud, porque lo que ella inspira y lo que hácia ella siento, solo se inspira y se siente por algo sobrehumano en la tierra.

Dios mio! y cuán bella es!

Sus ojos tienen la transparencia de este cielo, único por su pureza: su frente la blancura de estas azucenas, solas por su perfume: su gallardía la de estas palmas, únicas por su altivez: su voz encanta, fascina, arrebata: es el aura entre un bosque de azahar y jazmines: un eco del mar perdido en los lejanos horizontes: un murmullo de los espacios, arrancado al amor de las aves: es, en fin, una cosa pura, aérea, vaga, indefinible: una vírgen con formas de mujer: una mujer con el espiritualismo del ángel.

La ví, y la amé.

Estaba en un salon, hecho al parecer para ella sola.

El decorado era azul, como el contorno de sus ojos: la luz vaga y melancólica, como la dulzura de su mirada: la atmósfera cubierta de perfume, como la ondulation de su aliento: era una verdadera driada oculta en la gruta del amor.

Qué noche pasé á su lado!

Torrentes de inspiracion fluían á mi cabeza: el corazon latiendo con violencia, me denunciaba á cada instante sentimientos desconocidos: mi alma se sentia grande, inmensa, como inmensa y grande era la pasion que por ella sentia: que no de otro modo puede amarse á quien así inspira el amor.

Se llama Amelia.

Hasta el nombre parece hecho para pronunciarle las auras.

Ah! bendita sea!

¡Y bendita la hora que sonó al contemplarme á su lado, como triste y fatal la sonada para nuestra separacion! ¿Sabes dónde la ví!

En un sitio digno de su hermosura; en un paraíso: en casa del conde de Parcent.

A las doce y media penetraba en el verdaderamente regio palacio: hora algo tardía segun la felicidad que allí se respiraba.

Pero en fin, penetraba, y esto es lo importante.

Desde el primer peldaño de la escalera, una alfombra no interrumpida cubria salones y pasadizos; todos radiantes de luces y adornados con un gusto y una suntuosidad capaces de eclipsar al salon mas aristocrático de la corte.

Una serie de no interrumpidas puertas daba paso á dos magníficos y admirables salones, donde á la mas refinada elegancia se agregaba un lujo verdaderamente deslumbrador; mas deslumbrador aun por la sorprendente combinacion de luces, espejos, adornos y hermosuras que poblaban las estancias.

Pedir mas magníficas flores y mujeres mas sublimemente hermosas y espirituales en Valencia, fuera pedir la realidad de un imposible, puesto que imposible es la reproduccion de una maravilla semejante.

Yo quedé hechizado.

Qué elegancia! qué sencillez! qué cultura! qué buen tono! qué sublime felicidad!

Muchos salones aristocráticos he pisado en la corte: he asistido á los bailes de palacio: podrán, sí, igualar á este, pero superarle no: es de todo punto imposible.

De baile á baile, lacayos vestidos con todo el rigor de la etiqueta inglesa, invadian los salones con bebidas, dulces, helados, etc., etc., que refrescaban los agitados pechos de tan soberanas hermosuras: todas jóvenes, todas bellas, todas arrebatadoras.

A la una se abrió el *buffet*.

La mesa, en forma triangular, ocupaba toda una larga sala, ostentando cuantos manjares pudieran apetecer los estómagos mas decaídos é indiferentes, y en derredor de los cuales elevaban sus plateadas cabezas, las calcinantes y espumosas botellas de Champaña, como vigías contemplativos de tanta exquisita vianda.

Después de servir á las señoras, los hombres hicieron honor á aquel festin de Baltasar.

Vueltos al salon, bailóse la Virginia Real, dando con esto término á una fiesta, por mas de un concepto digna de las personas que lo daban.

En cuanto á hermosuras, ahí van las que recordamos: todas, todas buenas, aun cuando fuera para poblar un paraíso. Si á algunas hemos olvidado, perdónenos: no habrá sido falta de voluntad; habrá sido pobreza de nuestra imaginacion. Estaban, pues, la señorita de Trenor con vestido de granadina blanco y azul con tres volantes: la de Rendon con vestido blanco de glasé de seda, una María Antonieta y adorno de flores grana: la de Cabrerizo, vestido blanco de batista con volantes, pañoleta de tul guarnecida de flores á lo María Antonieta, y adorno de flores: la de Gonzalez Serrano, vestido blanco estampado de azul con volantes y adorno en la cabeza: la señorita Elisa de Llano, vestido moaré rosa de dos faldas, sin adorno; un adorno rosa en la cabeza y otro de flores en el pecho: por lo demás, y fuera prolijo enumerar á todas, vimos á las señoras y seño-

ritas de Miquel y Polo, Antiga, Caballero, Font de Mora, Espina, Dupuy, Stárico, Puchals, Borsi, Guzman, Aguilar, García, Montenegro, Maran y otras que no recordamos.

Siento que la premura del tiempo no me permita estenderme mas; sin embargo, creo que por lo que te dejo dicho, te será fácil alcanzar lo mucho que he disfrutado.

En cuanto á los dueños de la casa, señores conde de Parcent, nada te puedo decir que sea bastante á encarecerte el mérito de su amabilidad; bástete saber, que hacen tan agradables las horas con su esquisita finura, con su perfecto buen tono, que estoy seguro no cambiarías un minuto en su compañía, por las mejores horas pasadas en los mas aristocráticos salones de la corte.

Se han hecho dignos, por todos conceptos, de la inmensa popularidad de que son objeto en toda Valencia. Sus salones están abiertos para todo el mundo: la nobleza, las letras, las armas, el dinero, todo tiene allí sus representantes, todo corresponde dignamente al alto mérito de sus señores.

Reciban, pues, por ello nuestra mas cordial enhorabuena.

Otro dia te daré una reseña de la sociedad del señor baron de Certes, así como varias noticias, tales, por ejemplo, la de las fiestas reales que se preparan y lo admirablemente recibido que está en esta sociedad nuestro querido amigo el popular barítono D. Tirso Obregon.

Adios: te he escrito esta carta de vuelta del baile, causa por la cual, me despido hasta otro dia.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Valencia 2 de Mayo de 1858.

LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^A FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—Todo eso está muy bien, hija mía; pero yo creo que no necesito recordarte que no tienes voluntad propia, porque aun vive tu padre que manda en tí. A este jóven, añadió dirigiéndose á Jimeno, se le recompensará debidamente: se le dará un capital para que pue-

da ser feliz; pero en cuanto á tu mano le pertenece á otro antes que á él. Aquí tienes á tu primo Gonzalo que será tu marido, porque así lo tengo tratado con sus padres.

—Muchas gracias, caballero, repuso Jimeno dominando la dolorosa emocion que sentia; yo no necesito mas capital que la mano de Casilda, y esto si ella me la da gustosa. El dinero podeis guardarlo para hacer alguna obra de caridad, toda vez que no lo necesito. Al salvar la vida de vuestra hija no creais que lo hice por la promesa de vuestro hermano; lo hice porque era un deber de todo hombre honrado y verdaderamente cristiano salvar la vida de los semejantes aunque sea esponiendo la propia. Pero no hablemos mas de esto; no se dirá nunca que Jimeno de Luna rebaja á ninguna mujer hasta él. Casilda!... todo compromiso queda roto; eres libre; cástate con tu primo y que Dios te haga feliz.

Entraban en el pueblo: y Jimeno con el corazon destrozado guió su caballo por diferente punto que el resto de la cabalgata. La jóven apenas podia sostenerse, pero cuando vió que su amante partia

—Ya sabes lo que te he prometido, le dijo: y rompió en amargo llanto.

Cuando subieron á casa dijo el padre de Casilda:

—Mi hermano no tiene sentido. ¡Querer casar á mi hija con un soldado! Seria lo último. Afortunadamente esto pasará, pues al fin y al cabo no hace mas que dos meses que se tratan y no le puede tener Casilda gran cariño, aunque le esté agradecida. Eso es muy diferente; yo haré porque acepte una cantidad digna del servicio prestado. Es todo lo que puede y debe apetecer.

—¿Y olvidas, hermano mio, dijo el sacerdote, que cuando yo ofrecí la mano de tu hija al que la salvara la vida lo hice en medio de un sin número de almas que nos llamarán ingratos y desagradecidos? ¿Olvidas que soy un sacerdote y que mi ministerio prohíbe faltar á la palabra empeñada?

—Eso será cuando tú dispongas de lo tuyo; pero en mi hija nadie manda mas que yo, y yo digo que ha de ser la esposa de su primo. Sábelo ya: preferiria verla muerta antes que un soldado la llamara su esposa.

—Puesto que está vista tu resolucion, contestó el virtuoso sacerdote, yo no puedo permanecer en tu compañía. Nunca la vindieta pública me culpará de esta infamia! Desde mañana me retiro á mi casa de Rocaforte.

Casilda que habia permanecido en silencio vertiendo un copioso llanto y escuchando la conferencia de ambos hermanos, se dirigió á

su padre y con un acento que debiera haberle conmovido, le dijo:

—Padre mio, ¿estais dispuesto á no dejarme casar con Jimeno, aunque yo os diga que él solo puede labrar mi felicidad?

—Nunca serás suya, ya lo he dicho.

—¿Y si yo os lo pido de rodillas, por la gloria de mi buena y adorada madre?

—Tu madre, si viviera, haria lo mismo que yo. No; yo no consentiré nunca; mi resolución es irrevocable, y te debia bastar con saberla para obedecer.

—Sereis obedecido, dijo la jóven con una serenidad admirable. Tio mio, abrazad á vuestra sobrina, puesto que nos abandonais.

El anciano abrazó á la desconsolada Casilda y salió de casa de su hermano con los ojos húmedos por el llanto, que en vano procuraba reprimir.

II.

Rocaforte, pequeña villa de Navarra, donde en otros tiempos estuvo asentada la antigua ciudad de Sangüesa, está situada, como lo indica su nombre, en la cumbre de un monte elevadísimo y escarpado. Se halla al frente de donde hoy día existe Sangüesa, y solo lo divide de ella el rio y el camino real, construido hace pocos años. Tiene una bonita iglesia cuya patrona es Santa Agueda. El día de esta santa se celebra en el pueblo una solemne fiesta con gaita y tamboril, y sus moradores tienen abiertas las puertas de sus casas para los que quieran ir á favorecerlos y á favorecerles, aceptando cuanto tienen en ellas. Al recordar la sencillez de aquellos honrados vecinos, cuantos hayan tenido ocasion de tratarlos, no podrán menos de sentir en su memoria un mundo de recuerdos agradables (1).

(1) Encierra efectivamente un gran fondo de poesía todo cuanto se relaciona con aquel pais, donde todavía se conservan incólumes las sanas costumbres de nuestros antepasados. El día de Santa Agueda, hace pocos años, subiamos por aquel empinado monte, yo en compañía de mi querido esposo, y unas cuantas amigas en union de sus parientes ó conocidos. Entonces éramos casi todos unos niños, alegres y felices, dispuestos á disfrutar de aquella sencilla fiesta. Al vernos entrar en el pueblo, los honrados labriegos se quitaron sus boinas y nos hicieron un reverendo saludo, suspendiendo su baile al mismo tiempo, con un sello de admiración que no pudieron disimular.

—La Marquesita! exclamaban; las hijas del gobernador militar; las señoritas de... Oh! ¡cuánto bueno por nuestro pueblo!

Por fin se nos acercó uno de ellos cuando nos dirijíamos á la iglesia y nos dijo:

—Ustedes no querrán bailar con nosotros; pero si gustan divertirse le daremos bolos para que jueguen

El virtuoso eclesiástico se trasladó á su casa de Rocaforte abandonando á su hermano á fin de evitar que nadie le tachase de ingrato y orgulloso, haciéndole partícipe de una culpa que debia recaer solamente sobre el padre de Casilda. Le dolia en el alma la promesa pública que habia hecho al valiente Jimeno, al mismo tiempo que la voz de su conciencia le acusaba de haber prometido lo que no era dueño de cumplir, viéndose por la primera vez de su vida obligado á faltar á su palabra. Al trasladarse á su nuevo domicilio llamó á Jimeno haciendo que se fuera con él, alentado como estaba con la esperanza de que su hermano cederia, conociendo al fin la razon.

Tres dias pasaron sin que Casilda viese á Jimeno; tres dias que fueron para ella tres siglos. Su primo Gonzalo se esforzaba por distraerla mostrándose enamorado y galante; pero todo era en vano porque el corazon de la jóven pertenecia á otro. Viendo su padre la tristeza de Casilda y las inequívocas señales del llanto que á todas horas derramaba, queria casarla á todo trance, y dijo aquella noche cuando se pusieron á cenar:

—Tú, Gonzalo, ya no volverás á Jaca como teniamos dispuesto, sino que mandaremos á nuestro criado Francisco para que tus padres le faciliten todos los documentos arreglados en debida forma y se verifique vuestro enlace; no quiero que Casilda permanezca en este estado, que tambien para mí es doloroso.

—Ya sabeis, tio, dijo el jóven, que en ello tenemos cifradas nuestras esperanzas de felicidad toda la familia; pero no deja de parecerme triste que mi querida prima se juzgue desgraciada uniéndose conmigo.

—Tu prima obedecerá mis mandatos, y despues de unirse contigo será una buena esposa; no lo dudes. No es verdad, hija mia?

La jóven levantó su pálida frente, en la cual se albergaba un pensamiento siniestro, y respondió con amargura:

—Oh! sí, padre; seré buena esposa, porque así lo he jurado.

Estas palabras encerraban una doble significacion que ella sola podia comprender.

—Ya sabia yo, añadió su padre, que en cuanto te separaras de mi cándido hermano volverias á la razon y obedecerias de grado, lo que hubieras tenido que obedecer por fuerza.

en las eras mientras comienza la funcion á la Santa. Nosotros aceptamos y una alegría estremada se pintó en todos los semblantes. Despues que estuvimos jugando nos llevaron roscones y dulces, y dirigiéndonos á la iglesia tuvimos ocasion de ver la ya derruida casa del cura Navarro, en la cual pasaron varios acontecimientos de los que vamos á referir,

Gonzalo, sin embargo, no se mostraba tan confiado como su tío, porque creía descubrir en las palabras de la joven, lo mismo que en su actitud imponente, algo de terrible que él no se atrevía á descifrar, pero que no dejaba de alarmarle. Cuando concluyeron de cenar, D. Pablo Navarro abrazó á su hija, diciéndola:

—Buenas noches, hija mía; duermes bien.

Casilda se puso en pie y estrechando á su padre entre sus brazos contestó:

—Descansad, padre mío; hasta.... mañana.

Cuando Navarro salió de la habitación seguido de Gonzalo, apenas podía Casilda sostenerse y se dejó caer en un sillón cubriéndose el rostro con ambas manos. Así permaneció un largo rato hasta que vino á sacarla de su profunda abstracción un criado que entró á quitar la mesa.

—Aquí la señorita! dijo Francisco sorprendido.

—Sí, contestó la joven; esperaba que vinieras porque necesito de tí.

—La señorita puede mandarme.

—Acaba de cenar y no te acuestes; quiero hacer una visita á mi tío esta misma noche, y es preciso que me acompañes á Rocaforte; pero sin que nadie se entere, pues ya sabes que mi tío no está en buenas relaciones con mi padre; y si este lo supiera lo llevaría á mal. Por eso prefiero esta hora.

—Estoy á las órdenes de mi señorita, que siempre puede disponer de mí; pero me parece algo aventurado pasar el puente de Sangüesa á estas horas. Son las diez y una mujer puede infundir sospechas á los centinelas que nos podrían detener.

Eso se remedia, observó Casilda, saliendo yo disfrazada de hombre. Retírate, Francisco, y está pronto para cuando yo te avise.

El criado se retiró y Casilda entrando en su cuarto cogió papel en el cual escribió algunas líneas, cerró cuidadosamente su carta y la colocó encima de la mesa. En seguida escribió en otro papel y después de haberse disfrazado de hombre, lo guardó cuidadosamente en el seno y llamó á su fiel criado.

Ambos salieron recatadamente de la casa y se pusieron en marcha.

Mas de las doce de la noche eran cuando atravesaban el puente de Sangüesa. Cualquiera que los hubiese visto caminar envueltos en sus anchas capas, sin pronunciar una sola palabra, hubiera creído que eran dos sombras que evocadas por los genios de la noche se movían á impulsos del ligero ambiente que reinaba. Llegaron por fin á la falda del monte y empezaron á trepar lentamente hasta la cumbre. Alguna vez se vió obligada Casilda á detener-

se, no tanto por el cansancio que sentía, cuanto porque su valor y sus fuerzas le iban abandonando á medida que se aproximaba á la casa de su tío: llevaba hora y media de camino y esto era demasiado para ella.

La casa del cura Navarro, de la cual todavía se conservan algunos vestigios, se comunicaba con la iglesia del pueblo y estaba formada de un solo piso, pero era bastante estensa. A sus espaldas tenía un bello jardín formado á fuerza de esmero y esquisito trabajo.

Cuando los dos caminantes llegaron á la puerta, Francisco tocó en ella pensando que estarían dormidos los que allí residían. No se engañaba: todos se habían entregado al reposo excepto el anciano sacerdote que estaba desvelado y pensaba en Dios. Su habitación daba encima de la puerta, y no bien tocaron á ella se levantó sobresaltado por la estrañeza que le causaba el que llamasen en su casa á semejante hora. Cuando se asomó á la ventana se redobló su sorpresa: acababa de reconocer la voz de su sobrina.

—Abrid, tío mío, soy yo, dijo ella; pero os ruego que seais vos quien baje á abrir á fin de que nadie se entere de mi venida.

Luego se dirigió á Francisco y le dijo:

—Toma, ahí tienes ese bolsillo para tí: vuélvete á casa sin decir á nadie que me has acompañado.

—Y mi señorita va luego á volver sola?

—No, pierde cuidado: ya se yo lo que tengo que hacer.

El criado saludó respetuosamente y volvió á descender por el mismo camino que pocos momentos antes habían traído. El sacerdote abrió al mismo tiempo la puerta y haciendo entrar á Casilda subió la escalera silencioso sin hacerle una sola pregunta. Cuando estuvieron en su cuarto, cerró cuidadosamente por dentro y dijo:

—¿Cómo vienes desde Javier á estas horas, hija mía?

—Un deber de conciencia, un juramento sagrado me mueve á ello, contestó Casilda. Acabo de tomar una resolución y necesito vuestros consejos. Vos no me los negareis, porque sois bueno y sabeis mis desgracias.

—Habla, hija mía, de cuanto quieras, repuso el buen sacerdote conmovido al notar la palidez que cubría la hermosa frente de Casilda y el acento solemne con que acababa de pronunciar aquellas palabras.

—Ante todo decidme; dónde está Jimeno?

—Aquí conmigo.

—Aquí Jimeno! exclamó la joven. Oh! yo no puedo verlo.

—Afortunadamente tiene la habitación en

la otra parte de la casa y no nos habrá sentido subir, lo cual era muy fácil porque él no duerme ni sosiega.

—Pobre Jimeno! dijo ella entonces enjugando sus lágrimas. Habíamos nacido el uno para el otro, y una voluntad mas fuerte que la nuestra nos ha separado; pero al menos ya que no pueda ser suya, tampoco lo seré de ningún otro. Su imagen bajará conmigo al sepulcro.

El sacerdote trató de consolarla: ella comunicó sus planes y siguieron hablando largo rato.

Terminada su conversacion el sacerdote quedó profundamente pensativo pronunciando estas solas palabras:

—Esto es horrible! demasiado horrible!

Luego que estuvo un poco mas sereno, y viendo que Casilda nada contestaba, le preguntó:

—Dices, hija mia, que ya has escrito esa carta fatal?

—Sí, tío; mi resolucion está tomada y es irrevocable. Prefiero la muerte antes que faltar á ella.

—En ese caso, añadió el ministro del Señor, cumple tu juramento.

—Vos me absolvéis, no es verdad?

—Eso lo hará quien tiene mas potestad que yo. ¿Dónde intentas llevar á cabo tu pensamiento?

—En el Puente del Diablo.

—Cuándo?

—Esta misma noche.

—Dios nos perdone á todos.

El cura abrió entonces un armario del cual sacó varios objetos, entre ellos dos llaves y una linterna, que entregó á su sobrina despues de abrazarla.

Casilda bajó la escalera, entró en una sala baja y despues de permanecer allí como media hora, salió de la casa y abandonó el pueblo de Rocaforte cuando el dia empezaba á despuntar.

Francisco habia vuelto á Javier á eso de las dos de la madrugada, acostándose no sin haber pensado antes cuantas contingencias pudieran sobrevenir. Persuadido de que no le habian visto salir con la jóven y creyendo que esta volveria antes de que nadie se apercibiese, durmió tranquilamente las pocas horas que le restaban. Cuando despertó, el sol doraba ya las cumbres de las montañas vecinas. Viendo que sus compañeros se habian levantado, hizo él otro tanto y se entregó á sus ordinarias ocupaciones.

Despues que estuvo hecho el chocolate, desayuno indispensable para cuantos habitan en aquel pais, la criada fué como todos los dias á

llevarse á Casilda; mas ¿cual no seria su sorpresa cuando encontró la cama intacta tal como ella la habia dejado el dia antes?

—La señorita no está en su cuarto! gritó entonces la pobre mujer muy azorada.

Francisco no las tenia todas consigo, pero se guardó de pronunciar una palabra.

Gonzalo que acababa de levantarse, llegó en esto al sitio donde aquellos hacian mil conjeturas y enterado de lo que ocurría, se precipitó en el cuarto de su prima hallando la carta que estaba sobre la mesa y cuyo sobreescrito decia: "Para mi querido padre." Sorprendido como es de presumir y presintiendo alguna desgracia, corrió presuroso al cuarto de su tío. Enterado este á su vez, rompió el sobre con mano temblorosa y con el corazon agitado. La carta estaba concebida en estos términos.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don R. de A.: *S. Asencio*.—Conforme con la de V. 2 del actual, queda abonada su suscripcion hasta fin de Setiembre.

Sra. D^a L. T. de M.: *Palma de Mallorca*.—Por el correo se le ha escrito particularmente.

Srta. D^a S. G.: *Pollos*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o de Mayo.

Sr. Don E. S.: *Zafra*.—Id., id., id.

Sra. Marquesa de C. T.: *Pto. de Sta. María*.—En el próximo patron encontrará las iniciales que pide.

Solucion del gerooglífico anterior.

Amor con celos duro martirio es.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

